

Cristóbal González Lorca

**Lo que hay
que **SOÑAR**
hay que
vivirlo**

Una crónica sobre El Macha

No sé cómo decirlo, pero nací para esto, esto es lo que soy.

Aunque yo cuando era pendejito tenía terror de subirme al escenario, y todavía lo siento. Por la adrenalina, por lo que voy a decir. De hecho, hasta ahora, no hablo nada.

EL MACHA

Chico Trujillo significa creer en uno mismo, no importa de dónde uno venga. Creer en nuestra cultura y dejar de mirar tanto para afuera. ¿Quién iba a pensar que la alegría iba a salir de aquí?

JOE VASCONCELLOS

Índice

1. Me convertiste en santo	9
2. ¡2,3, A levantarse!	15
3. Mañana en el Abasto	19
4. De Villa Alemana a Alemania	21
5. Fiebre sudamericana <i>style</i>	29
6. Macha, el profesor casposo	33
7. Chico Trujillo es la imaginación	35
8. Tus besos son: ¡Gracias, Chico Trujillo!	37
9. Chico Trujillo y la señora imaginación: ¡Arriba las nalgas!	39
10. No tan distintos: Concierto por la Tolerancia	43
11. Dime qué pasa: una estrella porteña de rock underground	47
12. Bailando como mono	51
13. Fuman bueno: El Macha y la fiesta de la Playa Santa	57
14. Nueva York, Nueva York cayó	65
15. Un batallón de gente vacilando	71
16. Quince años y ni un brillo	75
17. La muerte de Karol Romanoff	79
18. Bares y fondas: Chico Trujillo y Los Fabulosos Cadillacs	81
19. Te volviste loca y disparaste frente a mí	83
20. Calientame la sopa con un hueso	91
21. Chico también es (bloqueo) depresivo	95

22. La solidaridad es horizontal: Macha y el Bloque Depresivo	97
23. El Bloque Depresivo en el Théâtre de la Ville	101
24. En la carretera: El Macha y El Bloque Depresivo	103
25. Las calles grises con cicatrices: El Macha y Pajarito Araya	107
26. Y si esto fuera poco, tengo mis cantos	111
27. Nunca fuimos tan caribeños	115
28. Mambo mundial	117
29. Festival Maleza: una instancia de homenajes y camaradería	119
30. El cuarto de siglo de Chico Trujillo	123
31. Vuela, Pajarito: la emoción confirma el sentimiento	127
32. Viniste a pasarla bien y lo pasamos bien	133
Agradecimientos	141

1

Me convertiste en santo

Villa Alemana, 1983

En 1983, a una década del golpe de Estado, Chile comenzaba a despertarse de la pesadilla militar. Ese año la gente empezó, progresiva y masivamente, a superar el miedo a la dictadura y surgieron las primeras jornadas de protestas. Las calles ardían, y las personas se alzaban y gritaban con fuerza: “Y va a caer”.

En medio de toda esa efervescencia política ochentera, en la comuna de Villa Alemana, localidad semirrural ubicada al interior de la región de Valparaíso, hacia la cordillera, nacía otro fenómeno social igual de fuerte. Un adolescente de allí, Miguel Ángel Poblete, quien había crecido en un orfanato, afirmaba ver y oír a la Virgen María en un cerro.

Los habitantes del pueblo comenzaron a asistir a las ceremonias dominicales organizadas por el cura local en el cerro El Membrillar, en Peñablanca, Villa Alemana. La Virgen María, supuestamente, le entregaba mensajes especiales al vidente, quien, usando un micrófono sostenido por el párroco, se los transmitía al público, feligreses que venían de todo Chile e, incluso, del exterior. En el cerro El Membrillar se congregaron hasta cien mil personas durante los fines de semana, entre los años 1983 y 1988.

Estos fueron los recuerdos que dejó Pedro Lemebel sobre el caso:

Miguel Ángel era el niño santo, un púber médium que de un día a otro cambió su aporreada vida de orfanato por la fama de milagrero que hablaba con la virgen de tú a tú. Antes, Miguel Ángel era un deslavadado niño chileno, sin ninguna gracia. Y su pueblo no aparecía en las noticias. Entonces nadie podía imaginar que ese pobre *huacho* iba a ser un personaje que provocaría tanta conmoción repitiendo yo la vi, yo la vi, ella me dijo. Y se despobló el pueblo con el cura, el alcalde, las profesoras, los bomberos y cuanto curioso hubo, corriendo, atropellándose por llegar al cerro donde el cabro decía que la virgen lo estaba esperando. Que, ahí mismo, en esos peñascos, en esa lomita, hay una señora de blanco que me está llamando. ¿No la ven? Es tan linda. Fíjense cómo me sonrío. Pero nadie veía más que piedras y espinos. Nadie puede ver a la inmaculada, porque ella no quiere, dijo una mujer. Ella solo se deja ver por niños puros, y en este pueblo la gente es tan mala y peleadora. Solamente al Miguel Ángel le da la pasada para deleitarlo con su fulgor. (...) Y parecía que era cierto, porque el Miguel Ángel entraba como en éxtasis cuando llegaba la hora de su cita con la dama del alba. Y a través de su extraviada meditación, por su cara de arcángel volado, la multitud se hizo partícipe del milagro, viéndolo caer al suelo, orando, en trabalenguas y extrañas murmuraciones que las beatas traducían al latín y mapuche. La gran aglomeración de pueblo que llegaba a Peñablanca estallaba en llantos y mea culpas cuando al chiquillo le bajaban esos tiritones, esos ataques, esa epilepsia del espíritu, revolcándose en las piedras, arañándose la cara, arrancándose el pelo a mechones. No podían sujetarlo, tenía la fuerza de un toro, ni siquiera cinco hombres podían con él. Se dejaba todo machucado, por los pecados del mundo, decían las mujeres. Por tanta cosa terrible que pasa en este país, el pobrecito se convierte en un Cristo niño que paga por nosotros.

Años después, Chico Trujillo, la segunda banda del Macha, escribiría una canción de amor y desamor cuyo título calza perfecto con esta historia: “Me convertiste en santo”.

El vidente de Villa Alemana fue un fenómeno impresionante de fe y devoción popular que no tardó en ser visibilizado por la dictadura y usado para distraer a la opinión pública nacional e internacional de los problemas sociales y económicos, de las protestas, de la resistencia, de la represión y de las violaciones a los derechos humanos.

El hecho inspiró, además, la película *La pasión de Michelangelo* (2013), de Esteban Larraín. El filme se rodó en Villa Alemana y las locaciones, los vestuarios, los diálogos, actores y la fotografía evocan fielmente el ambiente delirante y contradictorio que definió a esta historia.

Estas obras reflexionan sobre este particular suceso, que contiene elementos como la infancia abandonada y el acceso temprano de esos mismos niños “huachos” a diversas drogas (el vidente aspiraba neoprén junto a sus amigos en el cerro).

La historia comprende brotes psicóticos, además de delirios místicos individuales y masivos. Habla de la pobreza y del aislamiento cultural, de la frialdad de una dictadura que manipuló a un niño huérfano y a una comunidad entera, que no dudó en llevar actores en sillas de rueda que se paraban y caminaban, como tampoco titubeó en lanzar humo desde aviones para impresionar a la gente y al propio vidente, que ya no podía distinguir la mentira de la verdad.

El caso grafica cómo era el Chile de aquellos años: un país frío, de abandonos, manipulación, prejuicios y discriminación.

A estos encuentros mesiánicos asistía también el escritor Álvaro Bisama, que pasó su infancia y adolescencia en Villa Alemana e integró este suceso en su novela *Ruido* (2012): “El pueblo se llenaba de gente y te terminabas acostumbrando al paisaje en movimiento, al delirio y a la maravilla, como si fueran pedazos de lo real”, recordó en una entrevista con Emol.

A las tertulias místicas, que culminaron a fines de los años ochenta, llegaba también como espectador Aldo Asenjo. El

Macha nació el 4 de agosto de 1968 en el sector de Retiro, en Quilpué, pero tempranamente se trasladó junto a su familia hasta Villa Alemana.

Años más tarde, El Macha lideraría los grupos LaFloripondio, Chico Trujillo y El Bloque Depresivo, y usaría en el escenario poleras en tributo y honor a Pedro Lemebel, escritor símbolo de la lucha por los derechos humanos, la justicia social e ícono de la comunidad LGBT.

Pero a mediados de los ochenta aún faltaba mucho para todo eso y El Macha era un espectador más de tan solo quince años, aunque uno inquieto y observador. Y es que si bien veía todo aquello con distancia, nunca pudo ni quiso abstraerse:

En Villa Alemana en esa época no pasaba nada nunca, así que, para nosotros, para mis amigos y yo, de algún modo, todo eso era mortal. Era como una obra de teatro. Con humo, luces y efectos especiales. Llegaba caleta de gente de muchos lados. Venían micros de colegios católicos de niñas, de Santiago, algunos amigos iban con la mejor pinta y se peinaban, incluso, para tratar de impresionar y entrar en onda con las chiquillas.

Esto me lo contó una vez, riendo, mientras imitaba a un amigo suyo caminando con el pecho inflado, peinándose hacia el lado y adoptando una actitud de galán ante las muchachas que llegaban al pueblo.

El Macha recordó esas escenas durante una pausa en la grabación de la banda Hasta la Victoria, formada por músicos mutilados oculares durante la represión de 2019, entre ellos Gustavo Gatica, psicólogo y actual diputado. El despliegue que lo cegó también dejó a más de cuatrocientos jóvenes con traumas similares.

El líder de LaFloripondio invitó a grabar unos temas en su estudio de Peñalolén a Gustavo y al resto de su banda en 2022. Yo apoyé en la producción. Esa tarde, durante la

sesión, en una pausa, le conté al Macha de un viaje que realicé algún tiempo atrás al famoso cerro El Membrillar.

Él me compartió sus recuerdos y algunas reflexiones. “Ahora con una mirada de adulto, creo que es terrible todo lo que hicieron ahí y lo que fue todo eso del vidente, pero para nosotros, en ese momento, la verdad, era entretenido, hasta un panorama”, me dijo en su estudio, bautizado como “Perros con tiña”.

Ese es un tema sobre el que El Macha lleva años pensando. En 2008 lo comentó con el periodista Felipe Rodríguez, en una entrevista para radio Que Leo.

Junto al futbolista Elías Figueroa, Miguel Ángel era y es el gran antecedente de Villa Alemana. Cuando yo era chico, me iba del colegio al cerro para verlo a él y a la Virgen. Era todo muy raro. En la ciudad vivían cien mil personas y un día llegaban otras cien mil más. Había buses de México, Uruguay, Argentina y Brasil. Era loquísimo. Uno veía un *flash* de una cámara y la gente gritaba: “¡Mira, la Virgen!”. Todos alucinábamos.

He visitado el santuario dos veces, una el 2022 y otra el 2025. Aún existe una escultura de la Virgen que recuerda el fenómeno con una frase religiosa. El cerro se ve tan solo y abandonado como debe haber estado antes del suceso. Es un espacio donde alguna vez ocurrió algo impresionante, pero de lo que queda poco y nada, solo algunos vestigios.

Una vez que se acabó el fervor religioso por Miguel Ángel, en 1988, y como si hubiese sido una suerte de experimento social o reality show, el entonces exidente volvió a ser un residente más de la localidad. “Años después yo me topé con Miguel Ángel tomando un schop en un bar del centro de Villa Alemana”, le dijo El Macha a Rodríguez. Después, en su estudio, me dijo que, en verdad, se encontró con él más de una vez en ese bar, una antigua schopería de la que ambos eran clientes frecuentes.

Todos estos recuerdos explican, a mi juicio, por qué después surgió una escena musical y contracultural tan potente. Pienso que aquel movimiento fue una respuesta al fervor de masas y al abandono en que quedó la comuna cuando este se acabó.

El episodio tuvo, para los futuros músicos de Villa Alemana, una doble lectura. Vivieron un proceso de manipulación emocional y colectiva terrible. No obstante, tuvo resortes, de algún modo, positivos para una localidad que antes estaba sumamente aislada. La experiencia les brindó un vínculo con el exterior, además de un sentido del espectáculo. “El Macha aprendió de niño la fuerza del tumulto”, me comentó una vez el autor porteño Daniel Hidalgo.

Consciente o inconscientemente, los músicos de Villa Alemana asimilaron que para sacar a la gente de sus casas y atraer una gran cantidad de público desde otros lugares debían generarse sucesos originales y hasta excéntricos. La puesta en escena teatralizada de la que fueron testigos les sirvió para concebir y desarrollar una escena musical propia y con identidad.

Miguel Ángel fue un ser muy complejo, pero del que los artistas locales aprendieron algo. La música fue el canal que hallaron para canalizar y expresar sus sentimientos y sus ganas de generar vínculo, movimiento y vida.

Así fue como comenzó a fraguarse LaFloripondio. El propio Macha dijo a Zona.cl:

Después del suceso, Villa Alemana era el lugar más aburrido que te podías imaginar si eras un adolescente. Pero al mismo tiempo, tenías que canalizar esa energía de alguna forma. Nosotros tuvimos la suerte de estar en un momento donde muchos pendejos, como nosotros, estaban en la misma parada. Y no había otro panorama que encerrarse a escuchar música y formar una banda.